
LECTIO DIVINA

XI Domingo, Tiempo Ordinario Ciclo B (Mc 4, 26 -33)



En las parábolas de este domingo emerge el concepto histórico del Reino de los cielos y su proceso. Jesús utilizaba los signos que eran comprensibles para quienes vivían en el campo y lo trabajaban.

Todo comienza con la siembra, y se da mediante un crecimiento continuado, culminando con los frutos. Nos encontramos dentro de ese proceso: no lo iniciamos – no nos tocó ser los sembradores, ni tampoco disfrutamos del todo de sus frutos.

La esperanza se alimenta también de la satisfacción por lo que vamos creciendo en conciencia de lo que es dar fruto, y de lo que podemos recoger de ellos para ofrecérselos al Señor y a los que nos rodean.

Tenemos que vivir en la esperanza, aunque en momentos pareciera casi imposible alimentarla, porque pareciera que estamos “muy lejos de Dios y olvidados de los demás. Tengamos siempre presente que la siembra pide su tiempo antes de convertirse en fruto...”.

Seguimiento:

26. Decía Jesús también: “Sucede con el Reino de Dios lo mismo que con el grano que un hombre echa en la tierra.

27. No importa que él esté dormido o despierto, que sea de noche o de día, germina y crece, sin que sepa cómo.

28. La tierra da fruto por sí misma: primero un tallo, luego la espiga.

29. Y cuando el fruto está a punto, en seguida se corta con la guadaña, por que ha llegado la cosecha.

30. Proseguía diciendo: “¿Con qué comparemos el Reino de Dios o con qué

parábola lo expondremos?”.

31. Sucede con él lo que con un grano de mostaza. Cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas;

32. pero una vez sembrada, crece y se hace la mayor de todas las hortalizas y echa ramas tan grandes, que hasta los pájaros del cielo pueden anidar en su sombra.

33. No les decía nada a sin parábolas, sin embargo las explicaba a sus apóstoles en privado.

I. LEER: entender lo que dice el texto

1. El Reino de Dios 26-30.

Éste ha sido sembrado en el campo de la humanidad y en el corazón de la historia, tiene la vitalidad suficiente para crecer cada vez más (26).

El grano germina y crece sin que él sepa cómo va adelante (v. 27).

Crece lentamente, pero su crecimiento no lo puede detener ni impedir nadie. Primero es semilla, luego un tallo, después espiga, y termina siendo trigo abundante (v. 28).

Sus comienzos son sencillos y ocultos; pero la fuerza interior que tiene la semilla impulsa su crecimiento hasta hacerla una planta llena de frutos.

Las cosas del Reino de Dios no se miden con medidas humanas; nosotros usamos los metros, las básculas, los balances, las utilidades y los productos. En nuestra sociedad rige el criterio: "tanto mides, tantos vales". Casi podemos decir que los hombres nos parecemos a las máquinas.

El principal trabajador del Reino es Dios mismo. Jesús dijo: 'Mi Padre no cesa nunca de trabajar; por eso, yo trabajo también en todo tiempo' (Jn 5, 17).

El hombre colabora en la siembra. Los valores del Evangelio van creciendo en la historia humana; aunque en un primer momento su fuerza está oculta, llega el momento en el que aparece el Evangelio, venciendo las injusticias, las esclavitudes y fructificando los derechos humanos, el valor de la mujer y su lugar en la sociedad, la atención a los enfermos y la educación

de los indígenas y de los campesinos y la solidaridad con quien menos tiene y menos puede.

Si pensamos en nuestra historia personal y familiar, percibiremos que el Señor ha hecho maravillas en nuestra vida; la semilla ha ido creciendo desde el día en el que fuimos bautizados.

2. Un grano de mostaza (v. 31)

La semilla de mostaza es muy pequeña, como un punto de aguja. Sin embargo, está dotada de fuerza interior, que la hace crecer, desarrollarse y ofrecer cobijo a los pájaros que andan buscando donde refrescarse.

La pequeñez y la humildad son virtudes muy cotizadas en el Evangelio. Tenemos que aprender a valorar las actividades pequeñas y silenciosas, que no son noticia grandiosa en apariencia.

¿Qué son nuestros pequeños servicios ante las grandes obras de la técnica moderna y de las grandes empresas? ¿Qué valemos en esta sociedad, donde se privilegia lo espectacular?

El Evangelio nos invita a sembrar pequeñas semillas para llegar a ser una nueva humanidad. Jesús no habla de grandes proyectos. El Reino de Dios y su proyecto de salvación es humilde y modesto en sus orígenes. El nacimiento de Jesús, conocido solamente por María, José y los pastores, nos dicen cómo obra Dios y de quiénes se sirve.

No soñemos con acciones grandiosas. En la sencillez de la vida, pongamos mucho amor, para que el Reino vaya creciendo cada día más.

Hay que vivir con gozo el momento presente. No soñar con un futuro prometedor. Sembrar y sembrar cada día, sin cansancios. Tener en cuenta las ocasiones actuales para realizarlas con la mayor entrega y generosidad. La siembra producirá sus frutos. Nos toca sembrar.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

En tiempos de Jesús muchos judíos esperaban una implantación pronta del reino de Israel. Un Mesías que inmediatamente, y de una vez por todas, aunque de manera violenta, arreglara las cosas. Esto chocaba con las palabras y las maneras de hacer las cosas de Cristo. Dadas las dificultades evidentes con que tropieza su palabra y su actuación, Jesús se ve obligado a explicar que la fuerza del Reino de Dios es imparabile; que, aunque a veces parezca que no pasa nada, el resultado final es espectacular.

Estas parábolas nos dan dos lecciones muy claras:

- **El hombre no es el protagonista en el crecimiento del Reino, sino Dios mismo. Estamos invitados a incorporarnos a él. Conscientes de que la semilla está en nuestro corazón, en nuestro mundo, ¿qué podemos hacer para que él crezca?**

El Señor nos invita a dejar que la semilla de la Palabra de Dios germine; es el Espíritu quien la siembra en nosotros. No basta con escucharla, nos disponemos más a hablar que a escuchar. Nos parece más importante lo que tenemos que decir que lo que nos digan y esa actitud puede bloquear la semilla de la Palabra de Dios. Incluso bloquear la presencia del Espíritu Santo en nuestra persona, no permitiéndole que se despliegue la fuerza interior que está dentro. ¡Cuántas veces nos fiamos

más de nuestras luces, de nuestros proyectos y decisiones, que de lo que Dios siembra en nuestro interior!

Dios actúa y su acción es invencible. La segunda parábola pone más de relieve el resultado impresionante al que ha dado lugar una semilla de la mostaza, que siendo tan pequeña, «germina y crece sin que el labrador sepa cómo». Esto lo explicó muy bien Jesús en la segunda parábola: La semilla cae en el terreno.

- **Somos colaboradores con Dios, no somos nosotros quienes hacer germinar y crecer la semilla. Él nos pide preparar la tierra en nuestro interior, acogerla, para que ella despliegue la energía que ella tiene de por sí.**

El Reino de Dios, que se desarrolla lenta y trabajosamente en la historia humana, acabará imponiéndose inexorablemente. Este evangelio nos dice que la semilla de Dios crece por sí sola y aunque aparenta pequeñez, tiene la capacidad de crecer y mucho, a pesar de las dificultades que puede encontrar en nosotros, en lo que hacemos o dejamos de hacer...

El Reino de Dios no llega de repente, sino que se va haciendo presente por obra divina, a partir de unos comienzos ocultos. En Jesús se cumplen la profecía de Ezequiel anuncia que Dios se ocupará de dejar una rama verde de la que brote el Mesías, plantada «en un monte elevado». Y todos los pueblos se reunirán en Jerusalén y todas las naciones. «Todos los árboles silvestres» reconocerán que todo ha sido obra suya.

Dios es la fuente de la vida y sólo el que vive en Dios tiene vida. Su Reino empieza por un grano de mostaza, que puede parecer insignificante a primera vista, pero que guarda en sí una gran energía, que despliega poco a poco.

- **Necesitamos saber esperar, pero no con los brazos cruzados, como si esperáramos el tren, sino con la seguridad de que Dios está con nosotros, para facilitar que la semilla germine y crezca.**

El mundo postmoderno vive afectado por la prisa. Todos desean la satisfacción inmediata a sus necesidades. No es bien vista la paciencia, sino la inmediatez.

- **El Evangelio de este domingo nos pide desear que la semilla germine y de fruto abundante. Dios y su Reino triunfen en nosotros. Cooperemos con Él para recoger una buena cosecha.**

Cuando Jesús murió, sus discípulos eran pocos y estaban temerosos. Pero la llegada del Espíritu Santo los transformó. Fueron ellos quienes vieron crecer con mucha dificultad la semilla sembrada por el Maestro en su corazón, pero se dispusieron a hacer posible este milagro y así cooperaron con Dios en la extensión de su Reino. Sin embargo, este proceso fue lento y doloroso.

- **Sembremos en nuestro corazón la semilla de mostaza, y vivamos con fe el proceso hasta que llegue a ser como un árbol, sobrepasando su altura para elevar nuestro pensamiento hasta el cielo, y desplegando todas las ramas de la inteligencia, de los sentimientos y de la voluntad, para que su Palabra fructifique en nosotros y en los que amamos.**

Cristo es el Reino. A manera de una semilla de mostaza, ha sido sembrado en un jardín, el cuerpo de la Virgen. Creció y llegó a ser el árbol de la cruz, que cubre la tierra entera. Después de que fue triturado en la Pasión, su fruto fue tan bueno, que dio a los seres vivos vida, y vida en abundancia. Mientras la semilla de mostaza permanezca intacta, sus virtudes quedan escondidas, pero despliegan toda su potencia cuando es molida y produce el sabor que tanto sirve a la comida.

Cristo quiso que su cuerpo fuera molido para que su fuerza no quedara escondida, Él es el Reino y sus valores y espera ser sembrado en cada corazón.

- **La salvación está en la Palabra de Dios que es la semilla que cae en la tierra que la recibe. El Reino llega si nosotros cooperamos, haciendo realidad el dinamismo fecundo de la semilla en nuestra vida. ¿Qué nos pide esta gran verdad?**

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto:



Padre Bueno,
Tú que eres el que hace crecer la semilla de vida,
haz que nos dispongamos a hacer posible
este milagro en nuestra vida personal, familiar y comunitaria.

Jesús, Hermano nuestro,
Tú eres la buena y fecunda semilla
danos la fe, la esperanza y el amor
que ella necesita para crecer y producir mucho fruto.
Amén